

# ¿Por qué Corea del Norte no colapsó? Y ¿por qué muchos estadounidenses influyentes piensan que debería haberlo hecho?<sup>1</sup>

Bruce Cumings\*

## Resumen

Si “conoce a tu enemigo” es el *sine qua non* de la guerra y la diplomacia efectivas, Estados Unidos ha sido mal servido por quienes se consideran expertos en Corea del Norte en Washington. Pronto se cumplirán veinte años desde que surgió un consenso bipartidista en el *establishment* político de Washington que sostiene que la República Democrática Popular de Corea “implosionará o explotará pronto”, un mantra que comenzó con George Bush padre y continuó durante los gobiernos de Clinton y Bush hijo hasta el presente. En este artículo quiero examinar brevemente este mantra de Washington e intentar explicar por qué era, es y será equivocado.

**Palabras clave:** Colapso de Corea del Norte. Washington. Establishment político.

## Abstract

[Why has North Korea not collapsed yet? Why do so many influential Americans think it should have already? ]

If “know thy enemy” stands for the *sine qua non* of effective diplomacy and war-making, the United States of America has been ill served by those in Washington who believe themselves to be experts on North Korea. It will soon be twenty years since the bipartisan consensus settled in Washington’s political establishment, which maintains that the Korean Popular Democratic Republic “will soon implode or explode”, a mantra started with George Bush (S) and carried over the Clinton and Bush (J) administrations to date.

In this article, I will briefly discuss the mentioned Washington mantra and will try an explanation why it has been and will continue to be wrong.

**Key Words:** Collapse of North Korea. Washington. Political Establishment.

---

\*Profesor de la Universidad de Chicago.

1. Originalmente escrito para la conferencia sobre “¿Por qué el comunismo no colapsó?”, Dartmouth College, 25-26 de mayo de 2007.

Si “conoce a tu enemigo” es el *sine qua non* de la guerra y la diplomacia efectivas, Estados Unidos ha sido mal servido por quienes se consideran expertos en Corea del Norte en Washington. Pronto se cumplirán veinte años desde que surgió un consenso bipartidista en el *establishment* político de Washington que sostiene que la República Democrática Popular de Corea “implosionará o explotará pronto”, un mantra que comenzó con George Bush padre y continuó durante los gobiernos de Clinton y Bush hijo hasta el presente. Esta fue la premisa oculta del compromiso estadounidense de construir dos reactores de agua ligera para reemplazar el complejo de plutonio de Yöngbyön en el acuerdo marco de 1994: puesto que no comenzarían a funcionar antes de 8 o 10 años, pasarían a pertenecer a la República de Corea (RdC).

Paul Wolfowitz, el arquitecto de la guerra de Irak, viajó a Seúl después de la aparente victoria estadounidense sobre Saddam Hussein y declaró en junio de 2003 que “Corea del Norte está tambaleándose al borde del colapso”. En los años transcurridos hasta el presente, escuchamos al general Gary Luck, comandante de las fuerzas estadounidenses en Corea, decir en 1997 que “Corea del Norte se desintegrará, posiblemente muy pronto”; la única pregunta era si implosionaría o explotaría (*Naewoe Press*, 1997: 143). Estaba plagiando a otro de nuestros comandantes en Corea, el general Robert Riscassi, que nunca se cansó de decir que P’yöngyang “implosionaría o explotaría” pronto (Riscassi se retiró en 1992). ¿Por cuánto tiempo puede uno equivocarse sistemáticamente? Pero sé por experiencia que cualquier intento de un *outsider* por alterar estas concepciones dominantes en Washington sólo resulta en un silencio y un escepticismo corteses. El inminente colapso de Corea del Norte es aún hoy la opinión dominante.

En este artículo quiero examinar brevemente este mantra de Washington e intentar explicar por qué era, es y será equivocado. Mi argumento puede resumirse así:

- Corea del Norte es *sui generis* y no es comparable con ningún otro régimen comunista.
- Es mucho menos comunista que nacionalista, y menos nacionalista que coreana.
- Está profundamente embebida de la cultura coreana premoderna.
- Su nacionalismo tiene origen 75 años atrás, en un conflicto nunca resuelto con Japón.
- Su legitimidad esta totalmente ligada con su historia antijaponesa.
- Es un Estado-fortaleza de un tipo nunca antes visto en el mundo.
- Sus dirigentes militares se enorgullecen de haberse enfrentado al ejército estadounidense por seis décadas.

- Si probablemente no puede derrotar a nadie, aún así es inexpugnable militarmente.<sup>2</sup>
- Ningún contingente de soldados extranjeros ha sido estacionado en la República Democrática Popular de Corea desde 1958.
- Fue siempre apoyada estrechamente por China.
- Fue también apoyada por Moscú, pero nunca tuvo relaciones cercanas con ella.
- Es una gerontocracia de solipsistas a los que no les importa nada lo que piense el mundo.
- Es capaz de matar cientos de miles de personas de hambre y aún así retener el poder.
- Ha probado por 62 años que sabe como retener el poder.

## El escenario del colapso

El principal experto de Washington sobre Corea del Norte es Nicholas Eberstadt, quien ha trabajado para el American Enterprise Institute por unos 20 años, e inicialmente se distinguió usando datos demográficos para señalar el estado calamitoso del sistema de salud y la caída dramática en la esperanza de vida en la Unión Soviética, varios años antes de que se desmoronara. Desde junio de 1990, al menos, ha estado prediciendo el colapso inminente de Corea del Norte<sup>3</sup>, pero el mejor lugar para comprender sus ideas es su libro de 1999, *The End of North Korea* (cuando un periodista del *New York Times* le preguntó a John Bolton cuál era la política del gobierno de Bush hacia la República Democrática Popular de Corea, Bolton le mostró el libro de Eberstadt: “ésta es nuestra política”, le dijo).

Los defectos de los razonamientos de Eberstadt sobre el fin de Corea del Norte pueden ayudarnos a entender la capacidad de resistencia de la República Democrática Popular de Corea después de la guerra fría. Eberstadt sostiene a lo largo de todo el libro que Corea del Norte ha estado siempre equivocada en todas sus estrategias desde el principio, pero no aclara al lector que utiliza presunciones totalmente liberales y capitalistas para analizar una sociedad que se definió a sí

---

2. El plan de guerra estadounidense ha supuesto por décadas que medio millón de hombres estadounidenses tendrían que estar en Corea antes de que el Norte pueda ser derrotado, y aún hoy una victoria llevaría seis meses. *Ocupar y estabilizar* el Norte requeriría por lo menos un número similar de tropas, y no habría garantías de éxito. Ergo: el costo de derrotar el Norte es todavía prohibitivo.

3. Ver “The Coming Collapse of Corea del Norte”, *The Wall Street Journal*, 25 de junio de 1990. En algunas partes de este artículo utilicé material de mi *Korea's Place in the Sun* (W. W. Norton ed. rev., 2005), *North Korea: Another Country* (The New Press, 2004), y artículos recientes míos en el *London Review of Books* y *The Nation*.

misma durante mucho tiempo como *anticapitalista*. Es como si Milton Friedman describiera a los ayatolas como unos estúpidos por no haber cobrado intereses en sus préstamos. Así, por ejemplo, podemos leer que los dirigentes de Corea del Norte eran “sorprendentemente ingenuos” porque no podían entender qué quería decir un funcionario del Banco Mundial cuando usaba términos como “macroeconomía” y “microeconomía”. Pero Eberstadt también ha estado siempre equivocado durante los últimos 17 años en sus pronósticos de que Corea del Norte colapsaría. ¿Por qué? Porque ve a la República Democrática Popular de Corea puramente a través de la lente del comunismo soviético y europeo oriental, y por lo tanto no puede entender la astucia pragmática de la política postsoviética del régimen, las estrategias de supervivencia desesperadas que está dispuesto a adoptar, por no hablar de los orígenes anticolonialistas y nacionalistas revolucionarios de este régimen y de los de Vietnam y China, que han impedido una ruptura significativa en el comunismo asiático desde 1989.

Desde su primer intento de predecir el colapso de Corea del Norte, Eberstadt ha visto a ese país como un implante soviético comparable a los difuntos regímenes comunistas europeos, especialmente Alemania Oriental. El régimen de Honecker se mantenía gracias al estacionamiento de nada menos que 360.000 tropas soviéticas cuando colapsó, y si Mijail Gorbachov hubiera elegido movilizarlas, la República Democrática Alemana aún existiría. Por el contrario, las últimas tropas extranjeras abandonaron la República Democrática Popular de Corea cuando China se retiró en 1958, dejando un ejército de más de un millón de soldados (el cuarto más grande del mundo) controlado independientemente. Eberstadt repite el mantra de la guerra fría según el cual Moscú vio todas las cosas a través de la doctrina marxista-leninista de la “correlación de fuerzas” (“*sootnoshenie sil*”), y sostiene que ésta es también la base de la estrategia global de Corea del Norte. Si fuera así, el régimen de P’yöngyang habría bajado los brazos y se habría rendido en 1989. Ningún otro estado ha enfrentado una “correlación de fuerzas” tan hostil y una lista ininterrumpida de crisis aparentemente insuperables desde entonces, casi sin ayuda externa (hasta fines de los años noventa) y entre esperanzas universales de que desaparecería de la faz de la tierra.

Eberstadt entiende que Corea del Norte es una economía industrializada en una sociedad urbana, a diferencia de los ignorantes, citados frecuentemente, que la comparan con Albania, Camboya o Somalia. Aunque es usualmente denunciada como “estalinista”, Corea del Norte, dice Eberstadt, siempre tuvo “demasiados pocos campesinos como para que una política de ‘exprimir el campo’ tuviera cualquier posibilidad realista de éxito”. Eberstadt es particularmente bueno cuando describe la declinación sistemática en importaciones o inversiones de bienes de capital desde 1975, una cosa rara dada la estrategia previa del régimen de dar prioridad a la industria pesada y su deseo de seguirle al menos el ritmo a Corea del

Sur, que se industrializaba rápidamente. Durante la década pasada los problemas económicos más profundos de la República Democrática Popular de Corea se produjeron debido a su estructura industrial obsoleta y al colapso de su régimen de energía, que dejó al masivo sector químico incapaz de suministrar las enormes dosis de fertilizantes que se solían usar para la agricultura, lo que resultó en una declinación de la producción alimenticia, que se volvió catastrófica en 1995 y 1996 debido a que coincidió con las peores inundaciones en décadas. Eberstadt no pretende saber cuántos norcoreanos murieron como resultado de la escasez de comida. Cita afirmaciones según las cuales el número de muertos ascendió a dos o tres millones, pero sugiere que el verdadero número podría ser más cercano a la cifra oficial de la República Democrática Popular de Corea: 200.000 muertos. No indica, sin embargo, que en la peor fase de la hambruna el número de muertos sólo comenzó a aproximarse al número de muertes anuales en la India (en términos proporcionales) causadas por la mortalidad infantil y las muertes por malnutrición o inanición, que sólo menciona debido al hábito que tienen los medios de comunicación de presentar a Kim Jong Il gesticulando sobre una pila de cadáveres demacrados por el hambre.

Hace un par de años, Eberstadt finalmente se cansó de predecir el colapso de la República Democrática Popular de Corea y decidió hacer algo al respecto: sostuvo que Estados Unidos o sus aliados debían intervenir y, en el estilo de Reagan, “volar esta tiranía” (Eberstadt, 2004). En ese entonces contaba con el apoyo de nada menos que el entorno del vicepresidente Cheney, y especialmente Paul Wolfowitz y John Bolton. Ahora, con Bolton y Wolfowitz retirados, Cheney con un 9% de apoyo en las encuestas de opinión, y después de que el Presidente Bush redujera nuestras fuerzas en Corea del Sur para enviar tres brigadas de combate a Irak, el entusiasmo, por supuesto, ha menguado.

En 2005 Jasper Becker produjo un libro absurdo llamado (muy originalmente) *Rogue Regime*, donde se unía a Eberstadt para predecir un colapso forzoso del régimen.<sup>4</sup> Este libro no merecería la pena ser mencionado si no fuera porque fue alabado y muy recomendado por el autor de las reseñas del *New York Review of Books*, y muchos de sus argumentos repetidos por el experto universal Robert Kaplan en su artículo del último otoño en *The Atlantic*. En ese artículo, Kaplan se tomaba en serio las palabras del octogenario “sabio” Paek Sön-yöp sobre el futuro de Corea del Norte (Kaplan, 2006: 64-73). (Paek intentó capturar a Kim Il Sung para los japoneses en los años treinta, y fue elegido por Washington para reemplazar a Syngman Rhee en el *coup d'état* planeado por Estados Unidos en 1953 y llamado

4. Jasper Becker, *Rogue Regime: Kim Jong Il and the Looming Threat of North Korea* (Oxford University Press, 2005). Ver la reseña de Richard Bernstein de este “excelente libro” en su “How Not to Deal with North Korea”, *New York Review of Books* (1 de marzo de 2007).

“Operation Eveready”). Si estas son nuestras mejores revistas intelectuales, nuestra situación deja mucho que desear.

Becker, un periodista con mucha experiencia en Asia, miró por encima de la valla (el límite con China) a Corea del Norte y denunció el sufrimiento que ese “petiso, gordo, borracho de Kim Jong Il” causaba a su pueblo, “un crimen monstruoso y sin parangón” (Becker, 2005: 4; 31). Esta declaración aparece en la misma página en que figura la siguiente lista de cadáveres: cinco millones de muertos debido a que Lenin ordenó erróneamente a sus seguidores que llevaran a cabo la Revolución Bolchevique, ocho millones debido al terror de Stalin, treinta millones en la hambruna que Becker cree que Mao impuso a China después de 1958 (ver su libro anterior, *Hungry Ghosts*), y millones más a manos de Pol Pot. Dejó a Genghis Khan fuera de la lista, pero no importa: Kim Jong Il es peor que todos ellos –demente, maligno, peligroso, alcohólico y libidinoso, entre otros epítetos (Becker, 2005). De hecho, Kim es tan malo que Becker apoya otra de esas típicas campañas americanas de “shock y espanto” para deshacerse del régimen –no inmediatamente, por supuesto, sino cuando Kim ponga a prueba una bomba atómica. Es una cuestión moral, dice Becker, una y otra vez: hay que deshacerse de este régimen.

El libro comienza con una cita de George W. Bush explicándoles a los cadetes en The Citadel, una academia militar de Carolina del Sur, sobre los “estados canallas” en diciembre de 2001, y luego describe un “escenario ficticio” durante dieciséis páginas acerca de un “ataque preventivo” contra todos los establecimientos nucleares, militares, industriales y gubernamentales en Corea del Norte –en otras palabras, otra guerra preventiva. Como la guerra de Irak, docenas de bombarderos Stealth F-117 abren la campaña tratando de matar al líder (en este caso Kim Jong Il), seguidos por falanges de cazas F-16 despegando desde varios portaaviones estadounidenses cercanos (que Kim no detectó a pesar de haber volado 6.000 millas), bombarderos B-1 y B-52, misiles Tomahawk; miles de explosivos JDAM y “BLU-118B de alta intensidad” son arrojados, “diseñados para perforar bunkers reforzados”, y finalmente 60.000 marines avanzan desde Okinawa para marchar sobre P’yöngyang.

No se preocupen por las respuestas militares de Corea del Norte: los estadounidenses y surcoreanos estarán protegidos porque “después de la segunda Guerra del Golfo en el 2003” el entonces Secretario de Defensa Donald Rumsfeld y su vice Wolfowitz previsoramente mejoraron las armas de alta tecnología de Estados Unidos y Corea del Sur: misiles Patriot PAC3 “de nueva generación”, “el sistema de defensa para misiles del Secretario de Defensa Donald Rumsfeld (descrito como “listo y funcionando, aunque todavía no probado en condiciones de guerra)”, y misiles guiados aire-tierra “HARPY”. Todo esto fue extrañamente predicho en el plan del Pentágono “OPLAN 5027”, que Becker describe como un plan para “derrotar al enemigo en detalle” (lo que sea que esto signifique). “La victoria sería

rápida y total”, nos asegura Becker, pero aún no puede garantizarnos que esta carnicería generalizada matará o capturará al loco, malvado, grueso, borracho y bajo Kim Jong Il desde las alturas (Becker, 2005: 9-10). Pero por supuesto hay que decir en su defensa que muchas lunas pasaron antes de que Saddam fuera extraído de su agujero de topo.

Becker repite la propaganda surcoreana de 60 años según la cual Kim Il Sung robó su nombre a un famoso patriota antijaponés, siendo su nombre real “Kim Song Juh” (es decir Kim Sŏng-ju). El libro de Becker es pura tontería, pero eso no significa que su escenario de combate quede descartado porque él pertenezca a esa fraternidad de “sabios” que todavía creen en cosas como “la campaña de ‘shock y espanto’ que derrotó rápidamente a Irak”, las fantasías de Rumsfeld sobre misiles de defensa, la verosimilitud del “eje del mal” y el liderazgo firme y experimentado de Bush, Rumsfeld y Cheney comparado con el pusilánime Bill Clinton. Rumsfeld el estratega astuto, Bush el libertador determinado: si este libro hubiera sido publicado en 2003 lo podríamos haber llamado cortésmente “anticuado”, pero fue publicado a mediados de 2005. Al final del libro encontramos de nuevo escenarios violentos para “cambios de régimen”: la “oscura fuerza neoconservadora” de Richard Perle piensa que los estadounidenses deberían ser capaces de inspeccionar cualquier cosa que quieran en Corea del Norte y trasladar a los físicos nucleares norcoreanos a un lugar neutral para interrogarlos. De no ser así, Estados Unidos “debería adoptar acciones militares decisivas” (Becker, 2005: 260). Desgraciadamente, Perle sabía de lo que hablaba.

Poco después del comienzo de la invasión de Irak, Donald Rumsfeld pidió revisiones en el plan militar básico para Corea (“Plan de Operaciones 5030”). La estrategia, según los iniciados que han leído el plan, era “sacudir al régimen de Kim desestabilizando sus fuerzas militares”, de manera que éste fuera derrocado y se efectuara un “cambio de régimen”. El plan fue apoyado por “muchos de los partidarios de la línea dura dentro de la administración estadounidense que abogaban por un cambio de régimen en Irak”. Altos oficiales del gobierno de Bush, cuyos nombres no fueron mencionados, habrían considerado algunos elementos de este nuevo plan “tan agresivos que podrían provocar una guerra”. En caso de no atacar militarmente o tratar de forzar un golpe militar, Rumsfeld y compañía querían que el ejército estadounidense “llevara a cabo ejercicios militares a lo largo de semanas, diseñados para obligar a las fuerzas de Corea del Norte a ocultarse en bunkers y agotar valiosas reservas de comida, agua y otros recursos”. (Auster y Whitelaw, 2003)

He aquí como comenzó la invasión de 1950: Corea del Norte anunció unas largas maniobras militares de verano a lo largo del paralelo 38, movilizando unas 40.000 tropas. En medio de estos juegos de guerra, varias divisiones repentinamente se dirigieron al sur y tomaron Seúl en tres días. Sólo un puñado de los más

altos oficiales sabía que las maniobras de verano eran el preludio a una invasión. Medio siglo más tarde llegó el señor Rumsfeld con sus planes, un hombre que de acuerdo a dos testigos oculares se sorprendió al descubrir, cuando llegó al Pentágono, que aún teníamos casi 40.000 tropas en Corea.

Larry Niksch, un viejo especialista en asuntos asiáticos del Congressional Research Service y una persona no inclinada a arriesgarse a extraer conclusiones infundadas, citó los planes de guerra de Rumsfeld y comentó que “un cambio de régimen en Corea del Norte es el objetivo de la política del gobierno de Bush”. Si las recientes sanciones contra la República Democrática Popular de Corea, esporádicamente aplicadas, y la interdicción de sus barcos no producen un cambio de régimen o una “capitulación diplomática”, Rumsfeld planeaba escalar desde un ataque preventivo contra Yöngbyön (que Clinton casi lanza en 1994) a un “plan más amplio de ataques masivos contra objetivos múltiples”.

Hasta que Kim Dae Jung llegó al poder a comienzos de 1998, la línea oficial en Seúl también era que todos debían prepararse para el colapso de Corea del Norte, seguido por su absorción en la República de Corea. En particular, se gastaron océanos de tinta durante los años noventa sobre el “modelo alemán” de reunificación coreana. Grupos de estudio fueron a Alemania a examinar su unificación después de la caída del régimen de Honecker y volvieron con historias preocupantes sobre lo mucho que el proceso había costado, y cuánto costaría hacer que Corea del Norte llegara al nivel de desarrollo del resto del país. Muchos corresponsales extranjeros también pensaban que ése sería el futuro de Corea, aunque costara caro.

Desgraciadamente el modelo alemán de unificación estaba equivocado. La principal diferencia de Corea con Alemania es que sufrió una guerra civil terrible, con millones de muertos, hace sólo unas décadas atrás. Es muy difícil pensar que los comandantes del ejército popular de Corea del Norte, que lucharon contra el Sur en una guerra fratricida con tantas pérdidas, permitirían a Corea del Sur aplastar a la República Democrática Popular de Corea, no importa de que modo. Como hemos visto, Alemania Oriental colapsó porque Gorbachov eligió hacer lo que ninguno de sus predecesores hubiera hecho nunca, es decir mantener a las tropas soviéticas en sus barracas antes que movilizarlas para salvar al régimen de Honecker. Aunque Gorbachov también intentó sacudir a Corea del Norte, no tenía otro elemento para hacerlo que las relativamente pequeñas cantidades de ayuda que Moscú le proveía a Corea del Norte, y que terminó suspendiendo. Corea del Sur también se vanagloriaba comparando su estatus con el de Alemania Occidental: muchos alemanes del este podían ver en Alemania Occidental alguna semejanza con sus ideales socialistas en su política democrática, su sistema de seguridad social, su alto grado de sindicalización (un 40% comparado con el 15% en Estados Unidos y menos que eso en Corea del Sur), su buen sistema de jubilaciones, su



orden público y su fuerte sociedad civil. Los ciudadanos de Corea del Norte, por el contrario, podían esperar poco o nada de una unión con el Sur, salvo la mayor cantidad de horas de trabajo en el mundo industrial, en términos dictados por las firmas surcoreanas. Esta situación continuó hasta que Kim Dae Jung inició una estrategia de reconciliación muy diferente.

## Omnisciencia en Langley

Uno de los acontecimientos centrales de mi niñez eran los viajes a Washington a visitar a mi tía, que hizo toda su carrera en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y en la CIA. Con un doctorado en Bryn Mawr, un marido del que se deshizo después de unos pocos años de matrimonio, una carrera fascinante de la que no podía hablar (haciéndola aun más interesante) y su manera de pasearse por la capital como una reina, yo pensaba que ella era no sólo un ejemplo excelente de la mujer profesional liberada, sino también una eminencia gris como muchos otros en la central de la CIA (todos sus amigos, algunos de los cuales conocí, trabajaban para la CIA). Me llevó décadas sacarme de la cabeza la idea de que en las entrañas de Langley hay una persona que sabe todo lo que hay que saber sobre Corea del Norte. Entonces leí el libro de Helen-Louise Hunter.

La verdad es que nadie sabe nada acerca de Corea del Norte, con la posible excepción de nuestras agencias de inteligencia. El ex-miembro del Congreso Stephen Solarz, que se interesó largamente en Corea, leyó un estudio “brillante e impresionante” de una analista de la CIA y concluyó que era para Corea del Norte “lo que la piedra de Rosetta fue para el Egipto antiguo”. El conocimiento de la autora era tan raro y privilegiado que a la CIA le llevó una década desclasificar el libro. Helen-Louise Hunter fue por dos décadas una “especialista en el Lejano Oriente” en la CIA, donde su libro apareció (si esa es la palabra adecuada) por primera vez como un largo memorándum interno. Este es “un país acerca del cual no sabemos casi nada”, en palabras de Solarz; es decir, tenemos problemas para espíarlos, ¡qué espantoso!

El trabajo de Hunter contiene información excelente sobre temas arcanos y difíciles de investigar tales como la estructura de salarios y de precios de Corea del Norte, las prácticas de vida barrial autosuficientes y descentralizadas que eliminaron mayormente las largas colas para comprar productos que caracterizaban al comunismo soviético, y la década de la vida en que casi todo hombre joven de Corea del Norte debe dedicarse al servicio militar en este Estado-fortaleza. La señora Hunter indica muchos logros del sistema de Corea del Norte, de modo tal que cualquiera fuera de la CIA que hubiera dicho algo así, habría sido tildado de simpatizante comunista. Ella describe, por ejemplo, el cuidado compasivo hacia los

huérfanos de guerra en particular y hacia los niños en general, “los cambios radicales” en la posición de las mujeres (“hoy en día hay más mujeres con educación universitaria que varones”), vivienda realmente gratuita, medicina preventiva a escala nacional con estándares relativamente altos, índices de mortalidad infantil y esperanzas de vida comparables con los de los países industriales más avanzados hasta la hambruna reciente, “ausencia de prostitución organizada” y una policía que es “difícil, sino imposible, de sobornar”. La autora reconoce frecuentemente que la vasta mayoría de los coreanos de hecho reverencian a Kim Il Sung, aún los desertores del sistema cuya información es la base de la evidencia en la que se basa el libro. De acuerdo al príncipe Norodom Sihanouk, por décadas amigo cercano de Kim que frecuentemente residió durante meses en Corea del Norte, “Kim tenía una relación con su pueblo que cualquier otro líder en el mundo envidiaría”; describiéndola como una relación “mucho más cercana” que la suya con el pueblo de Camboya (donde es venerado y altamente popular). (Hunter, 1999: 26-27)

En su descripción de la República Democrática Popular de Corea, cuando su economía era todavía razonablemente buena, hace veinte años, Hunter encontró que los bienes indispensables de consumo cotidiano eran de bajo precio, mientras que los artículos de lujo eran muy caros. Los alquileres eran tan nominales que la mayor parte de las viviendas eran de hecho gratis, como lo era la atención médica, y que “el gobierno subsidia los bajos precios del arroz, el azúcar y otros alimentos básicos, así como los uniformes escolares y la ropa de trabajo”. Todas las casas del país tenían electricidad en 1968, algo que Corea del Sur estaba todavía lejos de alcanzar. Para que mi audiencia académica lo comprenda mejor, Hunter estima que si tanto el marido como la mujer eran profesores universitarios, ambos podrían ahorrar aproximadamente 50% de sus salarios mensuales. El arroz y el maíz, los dos principales alimentos, estaban racionados por el Estado, como lo estaba el aceite de cocina, la carne, la salsa de soja, las habichuelas y el *kimch'i*. Otras cosas –frutas, vegetales, nueces, fideos, cerveza– podían comprarse a bajo precio, mientras que la carne y las comidas de lujo eran muy caras. El igualitarismo general de la sociedad era notable, en su opinión, aún si la elite vivía mucho mejor que las masas. (Hunter, 1999: 146-151) Es interesante ver como Hunter llega a conclusiones sobre Corea del Norte similares a las de los expertos extranjeros, pero tuve que leer hasta la página 68 antes de aprender algo nuevo: la Universidad Kim Il Sung tiene un equipo de béisbol –lo que puede significar que otras universidades también los tengan (a pesar de que la KISU gane siempre, sin dudas).

El análisis de Hunter se deteriora cuando examina la política de Corea del Norte. Su tesis es que Corea del Norte es una “sociedad de culto” similar a la de los seguidores de Jim Jones o Charles Manson. (Hunter, 1999: 34). Pero esta analogía meramente revela su falta de conocimiento acerca de la sociedad que pasó tantos años estudiando, presumiblemente con la ayuda del mejor material de inteligencia

que el gobierno fue capaz de proveerle. Hunter debería saber hasta qué punto en la sociedad patriarcal coreana estuvo y están difundidos el culto de la realeza, el elogio exagerado de su sabiduría y su idealismo metafísico, la sujeción abyecta a la autoridad, la unidad “espiritual y física” con el rey y la veneración aparentemente absurda de líderes y ancianos. Un estudioso serio lo describió con estas palabras: “El culto cuasi-religioso en torno a Kim Il-sung... parece ser en gran medida una consecuencia no esperada de los valores confucianos colocados en un nuevo contexto”; más en general, se trata de “un estado-familia nuevo y bien integrado que, en ciertos aspectos, se asemeja a la sociedad confuciana”. (Lee, 1976: 130-131)

En 1997 la CIA reunió un panel de expertos, gubernamentales y extra-gubernamentales, quienes concluyeron que Corea del Norte seguramente colapsaría en cinco años. Robert A. Wampler, del National Security Archive, obtuvo este informe gracias a la Ley de Información General.<sup>5</sup> En su ensayo, el Dr. Wampler cita la observación de un alto funcionario del servicio exterior, David Straub, según la cual un experto detrás de otro pasaron por la embajada de Tokio a comienzos de los años noventa “pontificando con sus pronósticos acerca del colapso inevitable del régimen de Corea del Norte y asegurando que P’yŏngyang caería en el plazo de unos pocos meses, o a lo sumo de un par de años”. Ocho años después de la caída del muro, los expertos reunidos por la CIA anticiparon un escenario más prolongado para el mismo resultado, como parte de una investigación de la CIA que incluye además una simulación de “escenarios coreanos alternativos” después de la caída del régimen del Corea del Norte. Kim Jong Il, según los expertos, probablemente tendría “un corto periodo” para enfrentarse con todas sus dificultades antes de sufrir un “aterrizaje forzoso”. A menos que se implementen reformas mayores, aparecería algún “catalizador” que “conducirá al colapso [de Corea del Norte]”.

La mayoría del grupo dudaba de que el régimen de Kim pudiera persistir “mas de cinco años”, dando lugar a una “implosión política”. Pero muchos de ellos expresaron sorpresa de que a pesar de la economía degradada y de los comienzos de una hambruna que pronto se volvería mucho peor, de alguna manera el “delirante” Kim Jong Il “permanecía firmemente al mando”. Entre los *outsiders* a los que la CIA invitó a este ejercicio estaban Nicholas Eberstadt, los académicos Kenneth Lieberthal y Robert Ross, y Daryl Plunk y James Przystup, de la Heritage Foundation. Ningún experto reconocido en Corea del Norte que no perteneciera

5. Robert A. Wampler introdujo la antología con su ensayo, “North Korea’s Collapse? The End is Near-Maybe” (26 de octubre de 2006). Soy parte del proyecto de desclasificación de documentos del Dr. Wampler y agradezco que me los haya hecho accesibles. El informe de la CIA del 21 de enero de 1998 (sobre la conferencia de 1997) se llama, “Exploring the Implications of Alternative North Korea Endgames: Results From a Discussion Panel on Continuing Coexistence Between North and South Korea”, y está mayormente desclasificado.

al gobierno fue invitado (Lieberthal y Ross son expertos en China), pero lo que es aun más sorprendente es que tampoco ningún experto de Brookings o Johns Hopkins-SAIS estaba presente. He aquí a la CIA bajo la administración de Clinton buscando asesores en la derecha para que la guiara acerca del inminente colapso de Corea del Norte, seguramente más en busca de un consenso político dentro del *establishment* de Washington que de algo real (si realmente hubieran querido un juicio profético, podrían haber llamado a Eason Jordon, el presidente de la CNN International, quien había visitado P'yöngyang muchas veces): "Cuando escuchas sobre el hambre en Corea del Norte, mucha gente inteligente piensa: 'no hay manera de que un país como ese pueda sobrevivir'. Bueno, puedo garantizarles esto: estoy aquí para decirles con absoluta certeza que estos tipos pueden aguantar por siglos tal como están ahora. Ni Estados Unidos ni ningún otro país va a poder forzar un colapso de ese gobierno". (Harrison, 2002: 3)

## La República Democrática Popular de Corea colapsó

Después de la muerte de Kim Il Sung en 1994 Corea del Norte enfrentó una crisis terrible después de otra: un colapso parcial de su sistema energético (que obligó a muchas fábricas a cerrar), dos años de inundaciones sin precedentes (en 1995 y 1996), un verano de sequía (1997), y finalmente una hambruna que algunos dicen llevó a la muerte de dos millones de personas. He aquí un ejemplo clásico de las calamidades que se supone que tienen que marcar el fin de un ciclo dinástico confuciano, y los ciudadanos de Corea del Norte deben preguntarse cuánto sufrimiento tendrán que soportar antes de que la economía retorne a algo parecido a la situación relativamente estable que los extranjeros como yo observaron en los años ochenta. Kim Jong Il esperó el período tradicional de luto de tres años que el primogénito del rey debe observar antes de asumir el liderazgo del partido gobernante que su padre ejercía. En el cincuenta aniversario de la fundación del régimen en septiembre de 1998, Kim Jong Il fue proclamado líder máximo, pero eligió no convertirse en el jefe de estado titular (es decir, Presidente de la República Democrática Popular de Corea) -probablemente porque parece sentirse incómodo al encontrarse con dirigentes extranjeros.

Kim Jong Il asumió el mandato del cielo (un término clásico que los norcoreanos utilizaron repetidamente después de la muerte de Kim Il Sung) con el futuro del régimen tambaleándose y su pueblo todavía muriendo de hambre. La civilización confuciana pone el poder en manos del hombre moralmente superior que gobernará bien; el pueblo era feliz cuando gobernaba un buen rey y la naturaleza era generosa. La igualdad es también concebida como el producto del énfasis en la educación y la mejora moral de cada persona. En la década pasada, el pueblo

de Corea del Norte ha sido mal dirigido por Kim Jong Il y victimizado por la cruel madre naturaleza, reduciéndolo a un estado de miseria. Aparte de las miserables zonas rurales donde la cosecha anual es la mitad de lo que era en los años ochenta, ciudades industriales enteras (como Ch'öngjin por ejemplo) han dejado de funcionar. Los cortes de electricidad son frecuentes aún en la ciudad de elite y modelo, P'yöngyang, y el caos reina desde hace más de una década en la frontera con China: gente desesperada yendo y viniendo, tráfico de mujeres (el precio hace una década era cien dólares por una chica joven), y una economía –en la medida en que existe una economía– dominada crecientemente por China.

El colapso del bloque socialista privó a P'yöngyang de grandes mercados y resultó en varios años de producto bruto decreciente, a comienzos de los años noventa. Las estimaciones de Corea del Sur son que la declinación fue de tres a cinco puntos, y los analistas del gobierno estadounidense pensaban que lo peor había pasado para la economía de Corea del Norte a fines de 1993. Pero esta fue una crisis mayor para el liderazgo mucho antes de las inundaciones y las sequías, a tal punto que en el 21° pleno del Partido de los Trabajadores en diciembre de 1993, P'yöngyang reconoció públicamente por primera vez “grandes pérdidas en nuestra construcción económica” y “una situación interna y externa muy compleja y aguda”. La mayoría de la culpa le fue atribuida no al pesado sistema socialista de Corea del Norte sino al “colapso de los países socialistas y al mercado socialista mundial”, que “destrozó” a muchos de los socios y los acuerdos comerciales de P'yöngyang. (KCNA, 1993)

A diferencia de catástrofes y emergencias humanitarias similares en otras partes del mundo, esta produjo escasa evidencia de un colapso del poder estatal, a excepción de la crisis en el suministro de bienes y servicios a nivel local. Ha habido pocos cambios significativos en el liderazgo de Corea del Norte desde la muerte de Kim (excepto que los gerontes se van muriendo, como suele hacerlo la gente). Ha habido desercciones, algunas muy publicitadas por la prensa surcoreana y los medios de comunicación mundiales, pero sólo una –la de Hwang Chang-yöp en febrero de 1997– fue verdaderamente significativa, y aunque el régimen estaba abochornado por el escape de Hwang, nunca fue una figura central en el poder y el núcleo del liderazgo aún parece mantenerse impertérrito. En agosto de 2001, Kim Jong Il eligió pasar tres semanas en un tren blindado viajando a Rusia ida y vuelta, presuntamente un viaje de placer destinado a indicar que su control del poder en casa es firme y seguro. Nada sucedió desde entonces que pueda conducir a un juicio diferente.

En medio de este colapso, mucho ha cambiado en la década pasada. Los mercados, que comenzaron a funcionar como producto de la necesidad absoluta en las capas más bajas de la sociedad, ahora operan en todos lados (hay más de 2.000 en P'yöngyang). Pequeños grupos de expertos de Corea del Norte han estado saliendo

del país en busca de entrenamiento en alta tecnología o de información básica sobre el funcionamiento del capitalismo, con China y Suecia como destinos preferidos. Se dice que Kim Jong Il es un fanático de Internet (aunque casi nadie lo es en su país). Al mismo tiempo, Kim Jong Il ha sido el principal defensor de las campañas de reeducación destinadas a asegurar que un colapso comunista según el modelo de Europa oriental no suceda en Corea del Norte: en un importante ensayo llamado "Abusos del Socialismo", Kim repasó la historia del comunismo y las razones para su colapso en "algunos países", arguyendo que había sucedido principalmente debido al mal adoctrinamiento de la juventud. Según Kim, "la conciencia juega un rol decisivo en la actividad de un ser humano... El factor básico que da impulso al desarrollo social es la conciencia ideológica". (Kim, Jong-Il, 1993)

Los ideólogos de Corea del Norte gustan de usar el término "red para mosquitos" como metáfora para permitir la introducción de tecnología avanzada, excluyendo al mismo tiempo las ideas capitalistas: "Puede dejar que entre la brisa y el mismo tiempo prevenir la entrada de los mosquitos". Es la misma metáfora que Deng Xiaoping usó cuando comenzó a abrir China en 1978; aunque Corea del Norte es por supuesto mucho más estridente en su denuncia de la infiltración de ideas liberales y capitalistas:

La principal estrategia de los imperialistas es dominar con ideas corruptas el mundo que fueron incapaces de controlar con bombas atómicas y dólares. El objetivo de este veneno es dañar el excelente carácter nacional de cada país y nación, y deformar mentalmente a cientos de millones de personas en todo el mundo. Las ideas corruptas... son más peligrosas que las armas atómicas. ...la educación ideológica es vital para nosotros... prestar atención exclusiva a la construcción económica y abandonar el trabajo ideológico es un acto tan suicida como abrir la puerta para que la ideología y la cultura imperialistas se infiltren. ...Es imperativo colocar una red para mosquitos en todos los ámbitos de la vida social.

Después de despotricar contra la sociedad burguesa "vulgar" -"drogadictos, alcohólicos y degenerados buscando satisfacer deseos anormales"-, el artículo agrega que "el colapso de la antigua Unión Soviética y de los países de Europa Oriental es enteramente atribuible a que abrieron las puertas al envenenamiento ideológico y cultural imperialista" (KCNA, 1999). El peso abrumador de esta misiva, sin embargo, resalta permitir el ingreso del capital extranjero en las *joint ventures* y mantener excluidas las malas ideas.

Las crisis interminables forzaron a Corea del Norte a pensar seriamente acerca del futuro de su sistema autárquico, lo que condujo a la introducción de muchas leyes nuevas sobre inversión extranjera, relaciones con firmas capitalistas y nuevas zonas de libre comercio. Muchas leyes nuevas sobre bancos, relaciones laborales e

inversiones se promulgaron durante los últimos 15 años.<sup>6</sup> Si el desarrollo de Asia Oriental en las décadas recientes ha demostrado algo, es que un rápido crecimiento capitalista no es incompatible con un poder estatal central fuerte. Es por lo tanto bastante predecible que los reformadores de Corea del Norte les dijeran a los periodistas que ellos “quisieran tomar a Singapur como modelo”, ya que combina “una gran libertad para actividades de negocios” con “buen orden, disciplina y la observancia de las leyes” (*Far Eastern Economic Review*, 1993). Es también más fácil usar a Singapur como ejemplo antes que a China o Vietnam. Estas últimas serían por supuesto más relevantes, pero el orgullo coreano le impide reconocerlo. Lo más importante es el profundo interés de muchas firmas de Corea del Sur en la fuerza de trabajo barata pero inteligente y disciplinada de Corea del Norte, que puede ayudar a Corea del Sur a recuperar las ventajas comparativas en el mercado mundial y al mismo tiempo empujar lentamente a ambas Coreas hacia una reconciliación. El mejor ejemplo de esto es la gran zona de exportación de Kaesŏng, justo cruzando la zona desmilitarizada, que ahora emplea unos 12.000 norcoreanos en fábricas construidas por el Sur, pero se espera que con el tiempo emplee a cientos de miles.

Las políticas de auto-confianza del “Reino Ermitaño” de Corea del Norte fueron una respuesta a la prolongada crisis del país en el siglo veinte. Adoptadas para aislar al país de los desastres de la colonización [japonesa], la depresión y la guerra, parecen hoy en día irrelevantes. Pero uno puede imaginarse a Kim Il Sung mirando a sus amigos en el politburó en 1989 cuando cayó el muro de Berlín, o en 1991 cuando colapsó la Unión Soviética, y preguntándoles dónde estaría Corea del Norte si se hubiera integrado con el bloque soviético y si hubiera participado en la división internacional del trabajo que Moscú impuso a Europa Oriental.

## El reclamo de legitimidad de la República Popular Democrática de Corea

El 25 de abril de 2007, el *New York Times* publicó una foto de soldados de Corea del Norte marchando por P’yŏngyang en el 75° aniversario de la creación de su ejército. El *Times* destacaba que el mismo régimen había sido creado recién en

6. Las primeras leyes reformadas están resumidas en Hwang Eui-gak, “North Korean Laws for the Induction of Foreign Capital and Practical Approaches to Foreign Investment in North Korea,” *Vantage Point*, v.xvii, n° 4 & 5 (Seúl, marzo-abril 1994). Ver también las leyes laborales relativamente liberales para las empresas de capital extranjero, publicadas por KCNA el 11 de enero de 1994. He escrito acerca de reformas más recientes en *North Korea: Another Country*.

1948, pero no agregaba más información. En otra página había un artículo sobre el primer ministro japonés Shinzo Abe llegando a Washington a visitar a George W. Bush. Ni allí, ni en ningún otro artículo que yo haya visto en la prensa desde que Abe asumió el poder conectó nadie los dos eventos. Abe es el nieto del criminal de guerra clase A y primer ministro de posguerra Nobusuke Kishi, estaba encargado de las municiones en Manchuria en los años treinta. Kim Il Sung comenzó a luchar contra los japoneses en Manchuria en la primavera de 1932, y sus herederos remontan todo a estos comienzos distantes, hace 75 años. Además de todas las otras características que se le atribuyen a su régimen –comunista, nacionalista, Estado canalla, enemigo maligno– este es, ante todo, una entidad antijaponesa. La historia oficial abarca desde los días tempranos de la insurgencia antijaponesa hasta el presente, y es repetida hasta el cansancio por una elite septuagenaria que cree que cualquiera más joven que ellos no puede saber qué significó luchar contra Japón en los años treinta o contra Estados Unidos en los años cincuenta (entonces ya aliados a Japón y utilizando bases japonesas) y en menor o mayor medida desde entonces. Cuando se combina el patriarcalismo profundamente arraigado con la herencia de la Guerra de Corea que comenzó en 1950, se puede dar una idea de por qué la dirigencia de Corea del Norte ha cambiado tan poco en los últimos años, y por qué es altamente improbable que el régimen colapse antes de que lo haga esta elite y su ideología despiadadamente nacionalista.

La edad promedio de los 20 dirigentes máximos de Corea del Norte en 2007 era 76. De los 40 dirigentes máximos en 2000, sólo uno tenía menos de 60 años: Kim Jong Il. Esta gerontocracia traza sus orígenes a 1932, y no admite desviación de esta sucesión apostólica. Uno tendería a pensar que este enfoque solipsista del régimen es bien conocido, porque su billete más famoso tiene una imagen de una mujer con una pistola, la heroína de su ópera más famosa que transcurre en abril de 1932, pero no es así. Diane Sawyer puede no ser el mejor ejemplo, pero cuando se llevó un equipo de la cadena de televisión ABC a Corea del Norte a fines de 2006, entrevistó al general Yi Ch'an-bok, el comandante de la zona desmilitarizada en el lado norte. ¿Por cuánto tiempo ha sido comandante? le preguntó. "Cuarenta años", le contestó el general para sorpresa de la periodista. Yi Ch'an-bok ocupa su puesto desde antes de que la ofensiva del Tet pusiera fin al esfuerzo militar estadounidense en Vietnam.

Por décadas, las agencias de inteligencia surcoreanas han estado sosteniendo que Kim Il Sung es un impostor, un títere de los soviéticos que robó el nombre de un famoso patriota coreano. La razón real para esta cortina de humo es que casi todo el alto mando surcoreano en 1950 había servido a los japoneses (como lo hizo Park Chung Hee, el militarista que gobernó desde 1961 a 1979), incluyendo a oficiales de alto rango que trataron de capturar a Kim en Manchuria a pedido de los japoneses. Consiguieron convencer a la mayoría de su pueblo –y a dema-



siados extranjeros— de este engaño. Mientras tanto, los norcoreanos tomaron al admirable registro de Kim y lo rodearon de una hagiografía y mitología que hay que leer para creer. Pero, en algún lugar entre las mentiras desesperadas de los ex gobernantes surcoreanos y las exageraciones incansables de los norcoreanos, hay una verdad.

Investigaciones cuidadosas en los años recientes, posibilitadas gracias a la disponibilidad de nueva documentación coreana, china, japonesa y soviética y por el arduo trabajo de una nueva generación de historiadores, han aclarado que los coreanos constituyeron la vasta mayoría de la resistencia a la conquista japonesa de Manchuria, el lugar natal de los gobernantes de la dinastía Qing (1644-1911). A comienzos de los años treinta, medio millón de coreanos vivían en la prefectura de Kando (Jiandao en chino), que había sido —desde mucho tiempo atrás— una comunidad inmigrante coreana en la frontera china, y desde 1949 una región coreana autónoma en la República Popular China. Después de la creación de Manchukuo, cerca del 80% de las guerrillas antijaponesas y más del 90% de los miembros del “Partido Comunista Chino” eran coreanos. La mayoría de los coreanos se había trasladado a Kando para escapar de la opresión japonesa, aunque algunos emigrantes anteriores se habían enriquecido desarrollando los fértiles suelos de Manchuria, lo que condujo a la leyenda de que las familias campesinas podían duplicar o triplicar sus ingresos allí. Pero en general esos coreanos eran muy pobres y odiaban ciegamente a los colonizadores japoneses. En 1945, la inteligencia estadounidense estimó que el 95% de los casi 2 millones de coreanos en Manchuria eran antijaponeses, y sólo el 5% eran simpatizantes y colaboradores.

El Estado títere de Manchukuo nació en marzo de 1932, en el primer día del mes, como una respuesta al movimiento independentista coreano del 1 de marzo de 1919, que sacudió al imperialismo japonés hasta las raíces. Los oficiales japoneses vieron a la colonia coreana como modelo para Manchuria, y condujeron a los aliados coreanos a pensar que si los ayudaban a colonizar Manchuria, Corea podría recibir la independencia. Fuerzas japonesas lanzaron su primera campaña anti-guerrillera en abril de 1932 en Kando, matando a todos los que era sospechados de ser “comunistas” o de ayudar a los comunistas. Muchas víctimas eran campesinos inocentes. Fuentes coreanas dijeron entonces que murieron 25 mil, quizás una exageración, pero sin dudas fue una masacre. Esta experiencia se transformó en el *locus classicus* para la ópera más famosa de Corea del Norte, “Mar de sangre” (*P’ibada*) (Hang, Hong-koo, 1999: 8-13), y tuvo lugar en medio de una caída drástica en el nivel de vida campesino, causada por la gran depresión y por el colapso de la economía mundial. A fines de 1934, después de sucesivas olas de ataques japoneses, el número de organizaciones de masas coreanas ligadas a los insurgentes cayó de casi 12.000 en 1933 a sólo 1.000, y únicamente el número de guerrillas creció, pero no mucho (las bases guerrilleras albergaban unos 1.000 insurgentes, el

80% eran aún coreanos). Un jefe de policía japonés comentó que “si matabas cien coreanos, tenía que haber al menos un comunista entre ellos”. (Han, 1999: 162)

Kim Il Sung jugó un papel central en tratar de lograr la cooperación chino-coreana en la lucha guerrillera en Manchuria, ayudado por sus conocimientos de chino y por su antigua asociación con dirigentes guerrilleros chinos. Pero no estaba solo y trabajaba junto con otros líderes guerrilleros coreanos con sus propios destacamentos como Ch’oe Yong-gön (ministro de defensa cuando comenzó la guerra de Corea), Kim Ch’aek y Ch’oi Hyön. Para febrero de 1936 había surgido un formidable ejército, con Kim Il Sung comandando la tercera división y varios comandantes de regimientos chinos bajo sus órdenes. Los coreanos aún eran la fuerza étnica más grande, constituyendo el 80% de dos regimientos, 50% de otro, etc. Para entonces, Kim era “el líder de los comunistas coreanos en Manchuria oriental, con una gran reputación y una alta posición”. (Han, 1999: 324-326)

La reputación de Kim fue también engrandecida por los japoneses, cuyos periódicos reportaban el conflicto entre él y los *Quislings* coreanos que los japoneses empleaban para capturarlo y matarlo, como el coronel Kim Sök-wön (que comandaba las fuerzas surcoreanas a lo largo del paralelo 38 en 1949). Kim Sök-wön era conocido como coronel Kaneyama Shakugen; recibía órdenes del general Nozoe Shotoku, comandante del “Destacamento Especial Kim” del Ejército Imperial. El éxito más grande del coronel Kim tuvo lugar en febrero de 1940, cuando mató a Yang Jingyu, un famoso líder guerrillero chino y camarada cercano de Kim Il Sung. En abril, las fuerzas de Nozoe capturaron a Kim Hye-sun, considerada como la primera mujer de Kim; los japoneses primero trataron en vano de usarla para hacer que Kim abandonara su escondite, y luego la mataron. (Kim, Se-jin, 1973: 48-57)<sup>7</sup>

“Kim Il Sung luchó durante todo 1938 y 1939”, escribió el estudioso del comunismo coreano Suh Dae-Sook, “mayormente en el sur y sudeste de Manchuria. Hubo numerosos reportes [publicados] de sus actividades, tales como la incursión a Liudaogou el 26 de abril del 1938, y su incursión en Corea en mayo de 1939”. Maeda Takashi comandó otra unidad especial de la policía japonesa, con muchos coreanos en ella, que siguió a las guerrillas de Kim por meses a comienzos de 1940. Las fuerzas de Maeda finalmente se encontraron con Kim cuando éste y sus guerrillas los atacaron el 13 de marzo de 1940. Después de que ambos bandos sufrieran bajas, el grupo de Kim liberó a prisioneros de guerra para poder desplazarse con mayor velocidad; Maeda lo persiguió por casi dos semanas, enfrentándose en otra batalla el 25 de marzo. Kim utilizó 250 guerrilleros contra 150 soldados de la unidad de Maeda, derrotándolos y matando a Maeda, a 58 japoneses y 17 miembros de la fuerza enemiga, y tomando 13 prisioneros y grandes cantidades

7. Syngman Rhee se apoyó en un pequeño núcleo de oficiales de Manchuria después de tomar el poder en 1948, especialmente los que tenían experiencia con la contrainsurgencia.

de armas y municiones (esta batalla aislada fue mucho más grande y significativa que el ataque legendario de Fidel Castro al cuartel de la Moncada, que luego se transformaría en una pieza central del folklore político cubano).

En septiembre de 1939, el mes en que Hitler invadió Polonia y comenzó la Segunda Guerra Mundial, una “expedición punitiva masiva” que combinaba fuerzas japonesas de los ejércitos de Kwantung y Manchukuo así como de la policía paramilitar, destruyó muchas unidades de los ejércitos insurgentes y forzó a los remanentes a desplazarse al norte, hasta que las guerrillas coreanas y chinas finalmente cruzaron la frontera con la Unión Soviética un año más tarde (Armstrong, 2003: 31). Los japoneses movilizaron seis batallones del ejército de Kwantung y 20.000 hombres del ejército y la policía de Manchuria en una campaña de supresión de la guerrilla que duró seis meses y cuyo principal objetivo eran las guerrillas dirigidas por Kim Il Sung y Ch’oe Hyön; en septiembre de 1940 una fuerza aún mayor lanzó una campaña de contrainsurgencia contra las guerrillas chinas y coreanas:

La operación punitiva fue conducida por un año y ocho meses hasta fines de marzo del 1941, y los bandidos, excluyendo a los dirigidos por Kim Il Sung, fueron completamente aniquilados. Los dirigentes de los bandidos fueron ejecutados u obligados a rendirse. (U.S. National Archives, 1951)<sup>8</sup>

En otras palabras, una contrainsurgencia masiva caracterizó a los últimos dos años del conflicto, que duró hasta comienzos del ataque alemán contra la Unión Soviética. La unidad de Kim Il Sung había crecido a 340 luchadores en julio de 1940, cuando se convirtió en el objetivo de la fuerza expedicionaria del general Nozoe, pero pronto muchos de sus camaradas fueron muertos y Kim se vio obligado a llevar a cabo operaciones con pequeñas unidades (Suh, Dae-sook, 1988: 37-38). Miles de guerrilleros fueron liquidados, sumándose a la lista de aproximadamente 200.000 guerrilleros, comunistas, miembros de sociedades secretas y bandidos masacrados por los japoneses desde el Incidente de Manchuria en 1931. Kim Il Sung, Kim Ch’aek, Ch’oe Hyön, Ch’oe Yong-gön, y otros 200 dirigentes claves coreanos, fueron los sobrevivientes afortunados de las despiadadas campañas que tiñeron las montañas de Manchukuo de sangre coreana. Para la época de Pearl Harbor, la insurgencia coreana había sido reducida a pequeñas incursiones en Manchuria, y la izquierda coreana –una fuerza considerable en la diáspora coreana, incluyendo la de Estados Unidos– fue casi liquidada por la severa represión japonesa en la madre patria y en Manchukuo. Pero en 1945 estas 200 personas volvieron a P’yöngyang, fueron los colonos fundadores del régimen, y de manera típicamente coreana comenzaron a casarse entre ellos, reproduciéndose y enviando sus hijos

8. U.S. National Archives, “Military Studies on Manchuria” (1951), que consiste en entrevistas con oficiales estadounidenses y ex comandantes de contrainsurgencia japoneses.

a escuelas de elite. Sus descendientes son los que detentan el poder en Corea del Norte hoy.

El principal interés de esta elite era tener un ejército grande y toda la panoplia de equipamiento militar que les faltaba en los años treinta. En el Ejército Popular de Corea, creado el 8 de febrero del 1948 (muchos años más tarde cambiaron la fecha de fundación al 25 de abril del 1932), surgieron las características esenciales de este Estado fortaleza. Sólo se exhibía el retrato de Kim Il Sung, en lugar de los usuales retratos en tándem con Stalin. El discurso de Kim enfatizó la necesidad de una nación con confianza en sí misma de tener su propio ejército: “Siempre y en todo lugar nuestro pueblo coreano debe tomar su destino en sus manos y hacer todos los planes y las preparaciones necesarias para construir una nación completamente independiente y autosuficiente en la que ellos sean los únicos amos, y un gobierno unificado por sus propias manos”. El Ejército Popular de Corea, dijo, surgió de la guerra de guerrillas de Manchuria, con una tradición de “100 batallas y 100 victorias”. No hizo referencia a la ayuda soviética para la construcción del ejército. (Discurso de Kim del 8 de febrero de 1948, en *Choguk ūi t’ongil tongnip kwa minjuhwa rŭl wihayō* [Por la unificación, independencia y democratización de la patria] (P’yōngyang, 1949): 73-87). Un año después, en el primer aniversario del ejército norcoreano, Kim fue denominado por primera vez como “suryōng”, un viejo término del reino de Koguryō que significa líder supremo y gran líder, y que había estado reservado hasta entonces para Stalin. Este era pura herejía en el mundo comunista de entonces, pero se transformó en el título de Kim desde entonces y hasta su muerte.

## Conclusión

En su libro clásico *Knowledge and Politics*, Roberto Unger distinguió entre un círculo interno y otro externo en la política contemporánea. El círculo interno representa poder y dominación, ejercida en todos lados por unos pocos. El externo incluye todo el resto y su búsqueda de comunidad, decencia y participación a través de la arquitectura de la política. En ningún lado ha sido resuelto el problema del círculo interno, sostiene Unger, y por lo tanto en el externo “la búsqueda de comunidad es condenada como idolátrica, utópica, o ambas”. El problema crítico en Corea del Norte es el círculo interno –el núcleo familiar de Kim. Dada la ausencia de un principio no familiar e impersonal para la construcción del núcleo, el círculo externo está condenado a la idolatría. Puede ser que la aparente inestabilidad de este Estado oculte una inestabilidad en su centro, que se manifiesta en su incapacidad para construir una política que pueda extenderse más allá del círculo de la familia y las relaciones personales. O quizás los líderes de Corea del Norte conocen a

su pueblo mejor que nosotros, y con su mezcla singular de política premoderna, nacionalista y comunista conseguirán enfrentar los problemas que plagaron y finalmente destruyeron a otros sistemas comunistas.

Desde 1991, el mundo ha sido más inhóspito para las políticas de P'yöngyang que en cualquier otro momento desde 1948. Pero este régimen aislado se enfrentó a la muerte de su rey fundacional y permaneció estable, pasado el bastón a Kim Jong Il –a pesar de tres décadas de predicciones de que la muerte de Kim conduciría al colapso del sistema. Con los viejos dirigentes partidarios como Pak Söng-ch'öl y Yi Chong-ok preparando el camino para Kim, el núcleo del liderazgo político probó una vez más ser estable y fuerte. Mientras tanto el círculo externo se sostiene en equilibrio, mientras el pueblo de Corea del Norte debe aceptar a un nuevo “rey sol” y a un mundo muy diferente que rodea este moderno “Reino Ermitaño”. Nadie sabe qué pasará con la República Democrática Popular de Corea. Pero en el pasado los extranjeros estuvieron equivocados al subestimar a Corea del Norte de todas las maneras posibles. Mientras tanto, las predicciones basadas en la idea de que este régimen se inspira profundamente en las tradiciones y el nacionalismo anticolonialista coreano, y sobrevivirá por ende en el mundo posterior a la Guerra Fría, han probado ser correctas hasta ahora.

La fuerza y estabilidad de este sistema se basaba en unir formas tradicionales de legitimidad a modernas estructuras burocráticas, proveyendo el carisma peculiar de Kim Il Sung un lazo entre ambas. El talón de Aquiles de este sistema, ya sea el *ancien regime* premoderno y el régimen actual de Corea del Norte, es que no tiene “grandes líderes” o reyes filósofos a la cabeza, sino seres humanos de una cierta subjetividad. No todo el mundo está de acuerdo acerca de cuáles son las virtudes ideales o de quién las personifica. Surgen disputas y luchas fraccionales, a veces violentas, y una nueva realidad no sujeta a la virtud humana disciplina a todos: el mundo maquiavélico de la política del poder que alguien como Kim Il Sung conoció íntimamente. Debemos recordar que 23 millones de personas viven en el reino de los Kim.

Corea del Norte no existe sola, en un vacío, aún si el solipsismo empedernido del régimen da la impresión de que lo hace. No puede ser comprendida al margen de la lucha contra el imperialismo japonés en los años treinta, sus relaciones tensas con el Sur, una terrible guerra fratricida, su reacción ante el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética, y su interminable lucha diaria contra los Estados Unidos de América. El 8 de septiembre de 1945, tropas de combate estadounidenses ocuparon Corea; tres meses más tarde, el comandante del gobierno militar por tres años, el general John Reed Hodge, le “declaró la guerra” al partido comunista (el de la zona Sur), y en la primavera de 1946 Hodge advirtió por primera vez a Washington sobre la posibilidad de una invasión norcoreana. En 2003, una vez más nos lanzamos a una aventura militar en un contexto político y cultural desco-

nocido. Si nuestra ocupación contemporánea de Irak sigue el modelo coreano, el país será dividido (probablemente en tres partes, no dos), cinco años más tarde se desatará una guerra civil y morirán millones sin que nada se resuelva, y en la década de 2060, 30.000 tropas estadounidenses estarán estacionadas allí, cuidando la frontera contra un enemigo maligno (quienquiera que sea), con la posibilidad del estallido de una nueva guerra en cualquier momento. Hemos quedado atrapados en un abrazo peligroso, interminable pero en definitiva fútil, con Corea del Norte desde que Dean Rusk consultó un mapa a medianoche el día después de que arrasáramos Nagasaki con una bomba atómica, y dibujó un límite que nadie había notado antes, en el paralelo 38.

Traducción: Daniel Gaido

### Bibliografía

- ARMSTRONG, Charles K. (2003), *The North Korea Revolution, 1945-1950*. Cornell University Press.
- AUSTER, Bruce B. y WHITELAW, Kevin (2003), "Pentagon Plan 5030, A New Blueprint for Facing Down North Korea". *U.S. News and World Report*, 21 de julio.
- BECKER, Jasper (2005), *Rogue Regime: Kim Jong Il and the Looming Threat of North Korea*. Oxford University Press.
- BERNSTEIN, Richard (2007), "How Not to Deal with North Korea". *New York Review of Books*, 1 de marzo.
- CUMINGS, Bruce (2005), *Korea's Place in the Sun*. W. W. Norton ed.rev.
- (2004), *North Korea: Another Country*. The New Press.
- EBERSTADT, Nicholas, "Tear Down This Tyranny", *The Weekly Standard*, 29 de noviembre de 2004.
- FAR EASTERN ECONOMIC REVIEW, 30 de septiembre de 1993.
- HAN, Hong-koo, (1999), "Kim Il Sung and the Guerrilla Struggle in Eastern Manchuria", Ph.D. diss., University of Washington.
- HARRISON, Selig S. (2002), *Korean Endgame: A Strategy for Reunification and U.S. Disengagement*, Princeton University Press.
- HUNTER, Helen-Louise (1999), *Kim Il-sung's North Korea*, Praeger.
- KAPLAN, Robert, "When Corea del Norte Falls", *The Atlantic* (Octubre 2006).
- KIM, Jong Il, "Abuses of Socialism," *Külloja [El Trabajador]*, 1 de marzo de 1993.
- KIM, Jong Il (1949), Discurso en *Choguk ùi t'ongil tongnip kwa minjuhwa rül wihayö*, por la unificación, independencia y democratización de la patria. P'yöngyang.
- KCNA (1993), P'yöngyang, 3 de marzo.
- KCNA (1999), "Combating Imperialist Ideology and Cultural Poisoning Called For". 1 de junio.

- KIM, Se-jin (1973), *The Politics of Military Revolution in Korea*, Chapel Hill, N.C. USA: University of North Carolina Press.
- LEE, Moon Woong (1976), *Rural North Korea Under Communism*. Rice University Special Studies.
- NAEWOE PRESS (1997), *North Korea: Uneasy, Shaky Kim Jong-il Regime*. Seúl: ROK Government.
- SUH, Dae-sook (1988), *Kim Il Sung: The North Korea Leader*. USA: Columbia University Press.
- “The Coming Collapse of Corea del Norte” (1990), *The Wall Street Journal*, USA, 25 de junio.
- WAMPLER, Robert A. (2006), “North Korea’s Collapse? The End is Near-Maybe”. 26 de octubre.